MANUEL OROZCO Y BERRA

Los conquistadores de México





UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

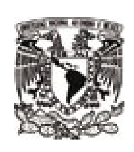
MANUEL OROZCO Y BERRA

Los conquistadores de México

Presentación de

ERNESTO DE LA TORRE VILLAR





UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

2012

PRESENTACIÓN

Manuel Orozco y Berra, nacido el 8 de junio de 1816 en México, ciudad en la que falleció el 27 de enero de 1881, fue uno de los tres historiadores mexicanos más sobresalientes del siglo XIX, junto con José Femando Ramírez y Joaquín García Icazbalceta, de quienes fue discípulo directo.

Por su gran inteligencia, su inmensa capacidad de trabajo, y por ser modesto y fiel a sus ideales, la historia mexicana adquirió con él gran valor. Penetró con rigor en muchos de sus aspectos y dejó sólidos estudios reveladores de sus vastos conocimientos, y de su visión. Orozco y Berra no supo de más ocupación que el trabajo. Varias colecciones de documentos, transcripción detallada de numerosos manuscritos valiosos, la formulación de su *Diccionario universal de historia, geografía y biografía,* monumental obra aún no superada, y la redacción de los *Apuntes para la historia de la geografía en México* (1876), *Memoria para el plano de la ciudad de México* (1867), *Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México* (1865), *Historia antigua y de la Conquista de México* (1881), *Historia de la dominación española en México,* y muchas otras más de indudable valor, dan idea de su laboriosidad, de su amplio sentido, de la relación existente entre la historia y la geografía y de las modernas ideas científicas que sustentó.

Los textos que seleccionamos precisan la idea que tuvo

de la Conquista de México y de sus hombres, de su genio y carácter, y también del resultado de ese encuentro entre dos grandes culturas, la indígena y la española. Con gran claridad de miras y respetuosa atención, narra ideas y finalidades de los conquistadores y sintetiza magistralmente el resultado de ese encuentro de culturas que cambió el destino del Nuevo Mundo. Pensador de intachable posturas políticas, escribió síntesis admirables de nuestro desarrollo histórico.

Junto a aspectos esenciales de su pensamiento, también presentamos otras páginas que muestran diversas facetas de los conquistadores, entre ellos dos representativos del valor, energía y también ambición humana, como fueron Hernán Cortés y Pedro de Alvarado.

Démosle la palabra a este señor de la Historia que fue Manuel Orozco y Berra. En primer término colocamos “Los conquistadores de México”; en seguida, la “Síntesis de la conquista” y, al final, “Las empresas de los conquistadores”.

Ernesto de la Torre Villar

LOS CONQUISTADORES DE MÉXICO

Cuando Cristóbal Colón presentó en la Península Ibérica las producciones del recién descubierto Nuevo Mundo, y con su entusiasmada y poética imaginación describió los ricos y encantadores países encontrados al medio del océano, las imaginaciones no menos vivas y pintorescas de los españoles se exaltaron y el ardor nacional tomó el rumbo de las acciones arriesgadas y de las empresas de todo género. Multitud prodigiosa de hombres dejó su patria para ir allá muy lejos, en busca de nuevas comarcas, de reinos poderosos, de tesoros inmensos, y allí enriquecer pronto, ganar fama y, destruyendo a los idólatras, hacer triunfar el culto de la Santa Cruz.

Nobles y pecheros siguieron el impulso general, si bien aquéllos fueron respectivamente en corto número. La turba de aventureros abandonaba su país confiada y satisfecha, contando sólo con su corazón y con su espada. Terminaban en España las porfiadas y sangrientas guerras contra los moros; estaban frescas aún las memorias de las hazañas prodigiosas rematadas en la Vega de Granada por los cumplidos caballeros cristianos; se admiraban todavía las proezas de los zegríes y de los abencerrajes; se enardecía el pueblo con la relación de los sitios y de los combates, abultados y revestidos de formas fantásticas en las tradiciones populares, y el orgullo de la victoria, largo

tiempo disputada y por heroicos esfuerzos conseguida, infundía seguridad en los ánimos y les daba suficiencia. Común y continuada la lectura de los caprichosos libros de caballería, nadie ignoraba, y muchos creían, en los encantamientos, en el pacto con los espíritus superiores, en los portentos de la magia, obra de la ciencia, y en los horrores de los sortilegios nacidos del poder comunicado por el mismo Satanás. Mezcla de ideas paganas y católicas, abrigadas por fantasías meridionales, que daban por resultado la creencia de que nada había imposible para el hombre, supuesto que no era difícil encontrar una protección sobrenatural para vencer todo linaje de obstáculos y de contradicciones. Y si esto podía lograrse por medio de la magia, más fácil era aun alcanzarlo, si puesto fervorosamente el corazón en Dios, con fe sincera y con la santa idea de hacer triunfar la verdadera religión, tenía que combatirse contra los paganos y contra los infieles, gente descreída, abandonada por la Divinidad a los cristianos.

Si a estos elementos, tomados de entre los principales de aquella época, reunimos los constitutivos del carácter español, resultarán, sin entrar en un prolijo examen, las buenas y las malas cualidades que adornaban y desfavorecían a los aventureros castellanos del siglo XVI. Leales a su rey, valientes y esforzados; tenaces, religiosos hasta la superstición; confiados y arrogantes; crueles con los vencidos porque eran de una raza despreciada; implacables porque perseguían idólatras; rapaces para hacer fortuna;

pródigos para desperdiciarla en el juego o en los placeres, una vez conseguida; predicadores fervientes y soldados corrompidos; campeones nunca puestos en olvido por la fama, manchando sus laureles con los tormentos aplicados a las víctimas con fría impasibilidad; hombres de bronce, sufriendo sin quejarse toda clase de penalidades, rematando como por pasatiempo sus prodigiosas conquistas, para entregarse luego al reposo y a las delicias; removedizos en la tierra sojuzgada, sin cronología del comercio; turbulentos, reacios para sujetarse a la disciplina que no era impuesta por sus jefes militares; apegados nimiamente a las fórmulas forenses y buscando en ellas el remedio y el apoyo de sus faltas; amos intratables; padres de familia descuidados con los hombres y vigilantes con las mujeres. Reunión de fases contradictorias, ante la cual se vacila entre saludar al héroe o despreciar al merodeador, porque lo eran todo junto.

Luego que se descubría alguna nueva provincia, se fundaban en ella las más lisonjeras esperanzas, se la pintaban unos a otros como la región más afortunada y feliz, llena de oro y de belleza, de prodigios y de fábulas; los aventureros acudían a bandadas para alistarse en la expedición que iba a la conquista de aquel paraíso, y emprendían la marcha entretenidos con agradables sueños, platicando alegremente de su futura fortuna y del regalo que les aguardaba. Llegados al lugar apetecido, por rico y hermoso que fuera les parecía triste y pobre, según ellos se lo habían figurado, y comenzaba el desengaño, seguían

duras enfermedades, privaciones sin cuento, fatigas y molestias propias para abatir al más robusto, y sobrevenía la saña de los indios que, acosados, pagaban la crueldad de los blancos con refinamiento de barbarie; el mayor número perecía, los demás se disgustaban y se retiraban desalentados a contar su malaventura, y muy pocos, hábiles o afortunados, recogían, caramente comprada, alguna pequeña riqueza. Pero tan pronto como había otro descubrimiento, volvían a presentarse las locas esperanzas, se ponían en olvido las lecciones de la experiencia, se presumía que no iba a acontecer entonces lo que sucedió antes, y los aventureros tomaban a alistarse para ir a caer en los propios males: recogían siempre desengaño y no les faltaba una ilusión que perseguir.

Las empresas se hacían de común por cuenta de armadores que contaban con posibles o con valimiento en la corte. Puesta la mira en alguna provincia, el empresario capitulaba con el rey, es decir, formaba un convenio para hacer a su costa la conquista, mediante una recompensa convenida, que consistía en títulos, o tierras, o rentas sacadas del país sometido, quedando el resto de lo domeñado a beneficio de la Corona. Declarado el jefe de la expedición, alzaba sus pendones y recogía los soldados que se le presentaban, hasta el número que podía o juzgaba suficiente. El transporte era en buques proporcionados por él; prevenía víveres para el pasaje y armas para repartir a los enganchados, quienes pagaban el importe y las municiones

necesarias para las ballestas y los arcabuces; la artillería de común era exclusivamente suya. Los aventureros no gozaban sueldo alguno: los despojos ganados en la guerra se ponían en un fondo común, y terminada se hacía la partición, sacando el quinto para el rey, del resto la parte estipulada para el jefe, y lo demás se subdividía en porciones, mayores las de los jinetes a las de los infantes. En campaña, se vivía sobre el país; sojuzgada la provincia, se repartía o encomendaba la tierra, con lo que cada soldado se convertía en colono y en propietario: en estos repartimientos los jefes obraban a discreción y generalmente con parcialidad.

Repitiendo lo que ya otra vez he dicho, la conquista de México es un acontecimiento tan maravilloso, que parece un cuento de hadas. Si la historia no lo atestiguara con irrefragables documentos, esa relación pasaría por una fábula, por el invento de una imaginación descarriada.

Un puñado de aventureros llegó confiado a un país ignoto. Las noticias que adquirió le enseñaron que existía un reino poderoso, un señor fuerte y temido. Sin consultar más de a su arrojo, resolvió apoderarse del reino y del señor. ¿Con qué medios? -Con su espada. -¿De cuál manera lo pondría en práctica? -No lo sabía.

El jefe de la banda era tenaz cuanto mañero. Apenas comenzó a penetrar al interior, supo aprovechar diestramente las circunstancias, sacar partido de los menores

incidentes. Combatiendo dondequiera que le hacían resistencia, peleando con suma valentía sin contar el número de los enemigos, asombró a las tribus que poblaban la tierra, haciéndose aliados de los contrarios que vencía, súbditos sumisos de los habitantes de los pueblos por donde pasaba. Llegado a la capital del grande imperio, con temeridad coronada por el éxito, se apoderó del señor. Perdidas las ventajas adquiridas por un acto de rapacidad, destrozados los merodeadores en una jornada infausta, el jefe se mostró siempre grande; derrotó en una batalla memorable a los innumerables batallones que le salieron al encuentro después de ya vencido, y casi por milagro pudo salvarse de su total pérdida.

Pocos meses después, con los pequeños refuerzos que le llegaron, entró de nuevo en campaña. Las tribus indias, cegadas por la venganza, por la envidia, por bastardas pasiones, habían desertado de la causa de su patria para ayudar al jefe astuto; de manera que, cuando retomó contra la gran ciudad que codiciaba, quedaban a ésta pocos y dudosos amigos, que al cabo fueron también domeñados y engrosaron las filas de los conquistadores.

Durante el asedio de la capital, el puñado de aventureros, sin tener un fuerte lazo de unión con sus aliados; perdidos entre la multitud de los guerreros que les ayudaban; empeñados en lances de los cuales parece maravilla pudieran salir ilesos, se hicieron obedecer, se hicieron servir, se hicieron adorar. Hombres de hierro, pelearon más de tres

meses de día y de noche, vestidas de continuo las armas, con escaso alimento, expuestos a la intemperie, y sin desmayar por los obstáculos, sin que llegaran ni a sospechar que acometían una empresa descabellada, sin que se hubieran puesto a pensar en su insuficiencia para tamaña labor.

El sitio y la toma de México es el acontecimiento más grande de nuestra historia: honra a los sitiados y a los sitiadores. Sin que pueda achacarse a espíritu de nacionalidad, la defensa de su población hecha por los mexicanos se puede poner en paralelo con las celebradas de Sagunto, de Numancia y de Zaragoza. Los guerreros desnudos, con armas flacas, combatían contra hombres cubiertos de hierro, prevenidos de cañones y de mosquetes; y derrotados siempre, volvían a la pelea sin que les flaquease el ánimo, convencidos de que les aguardaba la muerte, preferida a perder su libertad. Acabados los mantenimientos, comieron las sabandijas del lago, los insectos del suelo, las yerbas, las ramas y las cortezas de los árboles; escarbaban la tierra para sacar las raíces; el acero enemigo colmó de cadáveres las cortaduras de las calzadas, los fosos, las casas; la corrupción de los muertos envenenó el aire y la pavorosa peste se asentó entre los defensores; arrasados los edificios hasta los cimientos, luchaban aún sobre los escombros, y se refugiaban después en lo que quedaba en pie: vendidos por sus amigos, abandonados por sus aliados, puestos sus traidores súbditos en abierta insurrección, hicieron frente a todos y además a los extranjeros: combatieron y

combatieron, nadie habló de rendirse, y la ciudad cayó en poder de los contrarios, cuando no había más que ruinas, cuando los hombres hambrientos, débiles, cansados, no podían blandir las armas, cuando el contagio hacía inútil todo esfuerzo, cuando los desampararon hasta sus mentidos y cobardes dioses, pródigos en ofrecimientos, avaros a la hora de cumplirlos. Murieron muchos de hambre, sin tocar las carnes de los cuerpos de los suyos, que tan negra costumbre sólo se entendía con el enemigo detestado.

Vencidos y vencedores fueron grandes.

Si echamos una mirada sobre los personajes principales de esta terrífica y encantadora Ilíada, encontraremos que Moctezuma II o Xocoyotzin se mostró supersticioso e irresoluto; despreciado por sus súbditos, herido por ellos, acabó al acero de sus pérfidos huéspedes. No murió como rey, no; terminó como un pechero y sin dar lustre a su alta dignidad.

Cuitláhuac fue una estrella errante que dejó iluminado el pequeño espacio por donde atravesó.

La figura del último emperador azteca se alza limpia y sin tacha, demandando el respeto y la admiración. CUAUHTÉMOC fue un gran príncipe y un cumplido caballero. Elevado al trono en los tiempos más difíciles del imperio, aceptó el cargo con toda abnegación: se entregó con ardor a salvar su nacionalidad moribunda, y combatió sin tregua ni descanso; la muerte respetó su vida en las batallas,

que no quiso librar dándose a partido, ni aceptando las ofertas de sus enemigos; cuando ya no tuvo elementos para lidiar quiso dejar los escombros de su capital, no solo, sino llevando a su familia y a sus parciales. Alcanzado por el bergantín de García Holguín y mirando que encaraban para su canoa las ballestas y los arcabuces. -No me tiren, dijo, que yo soy el rey de México y desta tierra, y lo que te ruego es, que no me lleves a mi mujer ni a mis hijos, ni a ninguna mujer ni a ninguna cosa de lo que aquí tengo, sino que me tomes a mí y me lleves a Malinche-. Éste es el lenguaje que le presta Bemal Díaz, que si no es culto, encierra copia de sentimientos generosos.

Su entereza no fue desmentida cuando estuvo en la presencia de su vencedor. -Señor Malinche, exclamó, ya yo he hecho lo que estaba obligado en defensa de mi ciudad y vasallos, y no puedo más; y pues vengo por fuerza y preso ante tu persona, toma luego ese puñal que traes en la cinta y mátame luego con él.- En aquel momento podía decir con mayor verdad que el rey francés, que todo lo había perdido menos la honra. Llevado al tormento para que descubriera sus tesoros, desplegó la estoica indiferencia de que los salvajes saben hacer alarde contra la saña de sus verdugos, y dejó a la posteridad las palabras que le arrancó el valor y no la tortura. Fue a morir muy lejos, en una tierra extraña, de una manera inmerecida e ignominiosa, en un rato en que el miedo hizo flaquear al conquistador. La nacionalidad azteca quedó sepultada en aquella ignorada tumba.

Don Hernando Cortés ha sido juzgado generalmente de una manera apasionada. Sus panegiristas han loado de una manera enfática sus prendas, mientras sus detractores no han encontrado palabras para abultar sus defectos. Aquéllos y éstos se han engañado, en mi concepto; el retrato del hombre tiene fuertes toques de luz y de sombra, y de haberlo visto sólo bajo una faz han procedido tan encontradas opiniones. Si se quiere obrar con imparcialidad, dígase lo bueno y lo malo; don Hernando rebajará un poco entonces, mas no por eso dejará de aparecer grande. Sáquesele a plaza su ingratitud con Diego Velázquez, su trato doble y falaz con las tribus, la perfidia cometida con Moctezuma; póngase a su cuenta la matanza inútil de Cholula, el asesinato del monarca azteca, su sed insaciable de oro y de placeres; no se olvide que ahogó a su primera esposa doña Catalina Juárez, que cometió una villanía al poner en el tormento a CUAUHTÉMOC, que perdió a su émulo Garay, que por conservar el mando se hizo sospechoso de la muerte de Luis Ponce y de Marcos de Aguilar; acúsesele aun de lo demás que comprobado conste en la historia; pero entonces hágasele el descargo de que fue político sagaz y capitán valiente y entendido; que dio cima a uno de los hechos más asombrosos de los tiempos modernos; que acabada la guerra se dedicó a establecer una buena administración, e introdujo en la colonia semillas y plantas útiles, la cría de animales, y planteó algunos ramos desconocidos en México; que fueron de suma importancia sus empresas agrícolas y mineras, que

contribuyó mucho al conocimiento de la geografía de América con sus viajes así por tierra como por mar, y que merece bien de la ciencia por las naos que armadas de su cuenta recorrieron las costas de nuestros mares. Si expropió una raza, si la desheredó y la redigo a la servidumbre, dio principio con mejores elementos a otra nueva raza, que al llegar a independizarse se encontró dotada con lo que nunca había poseído la generación maltratada. Desapareció la nacionalidad azteca pero nació la nacionalidad mexicana, del consorcio de aquélla y de la nacionalidad española. Si borró del mundo una civilización, la sustituyó con otra más adelantada y perfecta. Sólo elogios puede merecer por haber contribuido a derrocar una religión tenebrosa y sangrienta, para poner en su lugar las santas doctrinas del Evangelio.

De en medio de tan encontrados elementos veremos que la figura sombría y noble de don Hernando se alza muchos codos sobre la estatura común de la humanidad.

SÍNTESIS DE LA CONQUISTA DE MÉXICO

Hemos procurado recoger los elementos esparcidos aquí y allá de una civilización que no existe, para unirlos y darles forma, reconstruyéndola siquiera sea como muestra de una de las fases de los conocimientos humanos. Pretendimos penetrar, en cuanto posible, en los orígenes de razas casi extinguidas, perdiéndonos en el inextricable laberinto de las hipótesis y de los razonamientos; preferimos tomar por guía a la ciencia, mas nuestra maestra sabe poco aún y sólo pudimos arrancarle una pequeña revelación. Profundizamos cuanto en nuestro poder estuvo en la historia de los pueblos antiguos, aprovechando lo que más exacto y verdadero nos pareció, con objeto de dar su colorido propio a aquella desaparecida sociedad. Asistimos al mayor de los prodigios humanos, nacido del consorcio de las inteligencias de una grande y noble reina y de un sabio y arrojado soñador, el descubrimiento del Nuevo Mundo. Dimos cuenta al fin con la admirable epopeya de la conquista de México. Dejamos en presencia, prestas a la lucha, las civilizaciones europea y americana; rota la triple alianza de las monarquías del Valle, asolada la capital azteca, derrocado el poder de sus emperadores, pasando a nuevo dueño las ciudades y provincias indígenas; un régimen nuevo imponiéndose al antiguo; México renaciendo de sus cenizas como el Fénix, aunque en la forma que place darle a los señores blancos;

don Hernando, sacudido al amago a su no bien establecida autoridad, quedando dueño de la tierra como conquistador y como rey absoluto, si se le hubiera antojado pretenderlo. Esta primera parte de nuestra tarea está terminada; tenemos que tomar aliento para proseguir la labor.

Antes de dejar la pluma nos incumbe formar juicio acerca del hecho más culminante, la conquista. Al referirla la hemos apreciado en su parte material; necesitamos examinarla por su lado filosófico y moral. La guerra, y muchas veces su consecuencia inmediata, la conquista, es uno de los grandes errores de la humanidad; como hecho aislado se presenta con su inseparable cortejo de sangre, dolores y crímenes, bien nazca de una acción necesaria, ya dimane del empleo injusto de la fuerza del poderoso contra el débil; no cambia su carácter por el móvil que las dirige, el tiempo en que se ejecuta, ni la nación que la emprende y resista. Siempre y en todos casos, según la valiente expresión de Gratry, ¡qué importa al conquistador el destruir y asolar los pueblos, con tal de quedarse con los despojos de los muertos!

Dícese que la guerra es un mal necesario; dejamos la controversia a quien quiera dirimirla. La verdad es que frecuentemente, después de levantado el tremendo azote, seca la sangre que halagó la tierra, enjugadas las lágrimas, olvidados un tanto los dolores, renacen la tranquilidad y el consuelo, y la Santa Providencia sabe sacar del espantoso cataclismo enseñanzas y adelantos para la humanidad.

¿Debemos colocar la conquista de México en este caso privilegiado? ¿El inmenso cúmulo de desdichas sufridas por los pueblos de América trajo algún provecho para la civilización? Nos apresuramos a responder afirmativamente.

Para fundar nuestro aserto basta comparar lo antiguo con lo moderno, el acopio de conocimientos perdidos con el tesoro de conocimientos existentes, y pronunciar a favor del lado en donde se encuentra la ventaja. Sin duda que del descubrimiento de América resultó este gran milagro, se duplicó el mundo. La familia humana estaba dividida en dos grandes fracciones, separadas, desconocidas una de la otra, sin comunicación ni trato; crecían y se desarrollaban, caminando por senderos distintos al término lejano del progreso; la conquista las fundió en una sola turquesa, produjo la unidad en la pluralidad, hizo un solo cuerpo del género humano, obligándole a seguir el mismo camino hacia la perfección indefinida, jamás infinita.

Gran calamidad fue para la Europa la irrupción de los pueblos bárbaros del norte, y pérdida grande la del extenso y muy adelantado mundo romano; pero aquel relajado imperio había extraviado la senda del adelanto, pagaba sus crímenes con sangre como con sangre había sembrado sus doctrinas, y de las cenizas de aquella sociedad corrompida nacieron las poderosas naciones modernas. En la conquista de América, una civilización más adelantada y progresiva vino a destruir otra civilización mucho menos perfecta y, por su índole, un tanto estacionaria; si en el orden social se encontraban

pueblos en organización civil, mil otros había en estado totalmente primitivo y salvaje; de norte a sur los elementos civilizadores pugnaban con los instintos del hombre vagabundo, produciendo un laberinto, un estado que se acercaba al embrionario. La invasión europea vino a poner término al caos; prodújose la luz de una manera instantánea, y de la ruina de lo pasado brotaron los pueblos del Nuevo Mundo.

Sin pretender abrazar todo el continente, meditemos en lo acontecido en nuestra patria. La religión es un principio civilizador por excelencia; es el primer instinto racional en el salvaje, la norma para un conjunto en marcha progresiva. La moral azteca bien merecía la calificación de adelantada y buena, mas iba hermanada con negras supersticiones tomadas de la adivinación y de la cábala. Su mitología terrible, abigarrada, ofrecía un conjunto de divinidades monstruosas, una colección de leyendas a veces insulsas y pueriles. El culto era verdaderamente horrendo; pedía sangre continuamente derramada. Disgústase el ánimo a la consideración de aquellas crueles penitencias, en que el endurecido creyente ofrece impasible el rojo licor de sus venas, o sufre las más punzantes torturas; pero la razón se subleva y horroriza a la vista de la víctima humana, no sólo inmolada al golpe del cuchillo, sino ofrecida en otras formas exquisitas aplicando un refinamiento de crueldad. Cualesquiera de las religiones en que se suprime tal barbarie, es más humana y aceptable que ésta. Borrarla de la

faz de la tierra fue un inmenso beneficio; sustituirla con el cristianismo fue avanzar una inmensa distancia en el camino de la civilización. Esta conclusión es para nosotros axiomática, evidente, clara como la luz meridiana.

Alguien ha estampado que el catolicismo unido con la Inquisición equivalía al rito azteca; no admitimos la frase, porque el símil está fundado en semejanzas traídas de tan lejos, que es verdaderamente absurdo. Admitiéndole, sin conceder, observaremos de paso que el terrible tribunal en nuestro país era arma política, más que instituto religioso; ninguna jurisdicción ejercía sobre los indígenas, sustraídos a sus juicios por las leyes; llenaron generalmente las cárceles del Santo Oficio españoles, portugueses o extranjeros; contados fueron quienes perecieron quemados vivos; en los dos y medio siglos de existencia en nuestro país del Tribunal de la Fe, la suma de los penitenciados de todas clases y categorías no alcanza, ni de muy remoto, no ya al inmenso número de víctimas inmoladas en sólo la dedicación del *teocalli* mayor, pero ni aun en las solemnidades de un año común. La Inquisición fue un accesorio pegadizo y extraño al catolicismo; la víctima humana constituía la esencia del ritual azteca.

No entraremos en la enumeración minuciosa de todas y cada una de las ventajas traídas por la civilización europea, porque sería poco menos de imposible; nos contentaremos con indicar algunas de las más principales. La escritura jeroglífica, todavía insuficiente y en vía de formación

progresiva, cedió el lugar a la escritura fonética, perfecta y acabada. El conocimiento y la aplicación del hierro trajeron inmensa ganancia. Por un capricho extraño de la suerte, el primer uso y empleo que los pueblos americanos vieron del útil meteil fue en la espada que armaba al conquistador y en la marca con que se herraba a los esclavos; sólo algún tiempo después de pasada la catástrofe pudieron observar que aquellas hojas brillantes y duras, en mil formas diversas y de distintos tamaños, podían servir a los usos industriales más complicados, a los domésticos más minuciosos, a todas las necesidades de la vida; entonces notaron con asombro que del duro mineral brotaban a cientos las artes, como allá en los tiempos fabulosos saltaron los dioses y las diosas del *técpatl,*arrojado desde el undécimo cielo a la tierra por la primitiva deidad Omecíhuatl. Con el tiempo, la humanidad y la ley quebraron el hierro del esclavo, quedando ya comunes las armas en manos del vencido y del vencedor.

Las artes y las ciencias descubrieron nuevos e inmensos horizontes a la inteligencia de los indígenas, prometiéndoles para el porvenir la mejora, el adelanto, la igualdad con sus señores. Comunicándoles el vigor de la sabiduría, haciéndoles varoniles y duros por el sufrimiento, armándoles de esos terribles ingenios que los hombres inventan para arrancarse una vida que parece que en los demás estorba, las naciones sojuzgadas sufrieron una completa transformación, quedando aptas con el tiempo para emprender y luchar por propia cuenta.

En épocas remotas vivieron en América los animales útiles compañeros del hombre; con motivo de un cataclismo, por el cambio de condiciones biológicas en el continente o porque les agotaran las tribus salvajes, aquellos animales perecieron, dejando sus despojos en las capas geológicas como demostración de su prístina existencia. Los castellanos les trajeron de nuevo a sus conquistas. Hubo como una especie de asimilación. El conquistador, sus descendientes, la gente vigorosa y activa de los campos se apropiaron el brioso caballo, destinado para la guerra, a los viajes prontos y lejanos, a los ejercicios de valor y destreza; las razas mezcladas se tomaron la arisca y fuerte muía, entregada al transporte de las mercancías, a mover el carro y los vehículos de tránsito, y si el principal empleo del cuadrúpedo era en la recua y en el tiro, prestábase también como cabalgadura para atravesar las comarcas montuosas y difíciles; el pollino quedó como propio de los indígenas de raza pura, con su paso lento, su frugalidad y su paciencia, sujeto al desempeño de los quehaceres del pequeño tráfico, rudos sin embargo y siempre mal remunerados. Estas aplicaciones prácticas, con todas las que de ellas se producen, trajeron sin duda una inmersa revolución social, siendo de las mayores consecuencias la de haber recobrado los maceguales la dignidad humana, ya que antes estaban reducidos a la miserable condición de bestias de carga.

El toro, prestando su esfuerzo a los trabajos agrícolas, alivió las faenas del rústico; fecundóse la tierra en porciones

más extensas; la cosecha se tomó más productiva y menos precaria, además de la perfección del grano obtenido. Contribuyó el cordero con su vellón para abrigo y vestido de aquellos pueblos desnudos, antes reducidos para cubrir sus necesidades al uso del algodón y de las pieles de los animales bravos matados en la caza. La vaca y la cabra con sus productos naturales; ambas especies, reunidas a los rebaños de cameros, a las piaras de cerdos y a la cría de diversos animales de corral, produjeron una alimentación más abundante, sabrosa y nutritiva, al mismo tiempo enemiga del hambre del pobre y solicitadora del gusto. Empleáronse las pieles en mil usos antes desconocidos, mientras otros despojos quedaron aplicados ya a ciertos artefactos, ya al abono de las campiñas arables.

La base de la alimentación la formaban el maíz, el frijol y el pimiento, con otras semillas recogidas en pequeñas fracciones en fuerza de perseverante labor. El trigo, la cebada, algunas especies de hortalizas y aun algunos frutos hicieron más variado el cultivo, propio de los diversos climas, en mayor escala y, por consiguiente, apropiado a precaver la carestía, pues rendimientos más considerables prevenían depósitos para el caso de urgentes necesidades. Sin duda que esta manera de sana nutrición ataba por mucho las plagas y enfermedades producidas por el consumo de yerbas sin sustancia y raíces perjudiciales.

No fue despreciable enseñanza la ciencia de navegar, ni los diversos medios de locomoción. Deriváronse del

cruzamiento de las razas pueblos bien formados, de viva imaginación, listos para las nuevas doctrinas; la mejora de los usos y de las costumbres, la decencia en los trajes, la conveniencia en muebles y utensilios, el gusto en adornos y compostura.

Cansado y por demás inútil nos parece proseguir la enumeración de las ventajas obtenidas; convencidos como estamos de esta verdad, nos figuramos que el ánimo más resistente quedará vencido por la evidencia de los hechos. Adviértase que vamos juzgando de los resultados de la conquista; en manera alguna prejuzgamos ni ajustamos a la misma medida los problemas complejos de la dominación española y de la independencia de los pueblos americanos. Cada acontecimiento consta de elementos propios, de causas determinantes y motivos peculiares, razón de ser para llegar a éste o al otro término; de aquí la diferencia de argumentos, la desigualdad de las conclusiones.

De desear hubiera sido que, del naufragio en que pereció la antigua civilización indígena, se hubieran salvado algunos conocimientos, por cierto bien adelantados y preciosos. Los métodos prácticos por medio de los cuales aquellos astrónomos llegaron a la determinación de los movimientos aparentes del sol y al valor del año trópico. El arte de labrar y pulir las piedras finas, entallar las rocas duras, sacar objetos complicados y láminas delgadas de la obsidiana. Fundir figuras de oro y plata en una pieza, ya firmes, ya movedizas, y lograr joyas y filigranas sin soldadura. Aplicar

a las vasijas de barro los barnices iguales y transparentes que usaban los alfareros de obra fina, con los colores que, aun después de haber permanecido por siglos bajo la tierra, se presentan todavía frescos y brillantes. Los tejidos sutiles de algodón, mezclados con sedosas plumas y el pelo del conejo. A esto hubiera debido juntarse, no perseguir imprudentemente los antiguos anales hasta casi extinguirlos, pues de su estudio habría resultado tal vez la solución de los oscuros problemas, ahora para nosotros insolubles, acerca del origen y de la filiación de aquellas naciones. Conservando esas artes incipientes, en lo que tenían de aplicaciones prácticas, desarrolladas y llevadas a mayor perfección, hubieran acrecentado ese gran depósito civilizador que los pueblos se legan unos a otros en la sucesión de los siglos, para hacer siempre más rico el tesoro de la ciencia humana.

Hemos oído disputar acaloradamente acerca de las ventajas que los pueblos americanos hubieran sacado, en caso de que la conquista se hubiera verificado por otra nación que no la castellana. Colocada en esta forma, la controversia es especulativa por su misma esencia. En los campos de la divagación y del supuesto, amplio campo encuentra la imaginación para lanzarse a regiones en donde no puede ser perseguida; nosotros abandonamos ese terreno ficticio, para seguir el de la realidad. Los hechos consumados se prestan a explicación, pero no a réplica; lo que fue, fue, sin que logre torcerle o borrarle ningún género de

argumentaciones. Los castellanos conquistaron ambas Américas y su conquista trajo bienes para adelanto progresivo de la humanidad.

LAS EMPRESAS DE LOS CONQUISTADORES

La toma y destrucción de la ciudad de México fue el brillante principio de la conquista; mas el hecho no determinó la sujeción completa de la tierra. De los reyes de la triple alianza, Tetepanquetzaltzin el de Tlacopan había perecido, quedando borrado su reino de las divisiones políticas del valle; Ixtlilxóchitl, señor de Texcoco, era hechura de los castellanos, su súbdito mejor que su aliado; habiendo concurrido eficazmente a la expugnación de Tenochtitlán, estaba dispuesto a ayudar con todas sus fuerzas a los hombres blancos; Cuauhtémoc, vencido y aherrojado, había perdido juntamente corona y libertad. De los pueblos sometidos a México, al norte y al sur, los unos habían reconocido al conquistador, los otros recobraban su perdida independencia apercibiéndose a defenderla de los nuevos invasores. De los enemigos religiosos del imperio, Tlaxcala era la amiga más ardiente de don Hernando; Cholula y Huejocingo medio entregadas, medio combatidas, llevaban un carácter ambiguo entre provincias aliadas y sujetas. También al norte y al sur existían pueblos independientes, algunos feroces, algunos civilizados, sobre los cuales no tenía influjo lo acontecido con los mexicanos, cada uno de los cuales según sus instintos o sus fuerzas obrarían como les conviniera llegados los casos respectivos. En medio de la tierra recorrida entonces por la invasión, los vencedores

habían formado tres centros permanentes, tres núcleos desde donde se haría sentir su autoridad sobre el país sojuzgado; la Villa Rica de la Veracruz sobre la costa; la primera puebla española levantada en Anáhuac, Segura de la Frontera (Tepeaca, estado de Puebla), segunda en el orden cronológico; México Tenochtitlán, a la sazón renaciendo de sus cenizas, apenas todavía en embrión. Cuarta puebla española debiera ser Medellín, mas para el tiempo a que nos vamos refiriendo esta cuarta villa estaba todavía sólo en mandato. Mientras se reedificaba la que debía ser capital de la colonia de la Nueva España, el ejército vencedor se alojaba en Coyoacán. Con la investidura de gobernador y capitán general entre sus soldados, reconocido por los indígenas como único y verdadero monarca en virtud de los derechos de la guerra, alejado Cristóbal de Tapia sin ser reconocida su autoridad suprema, don Hernando Cortés era en realidad el señor absoluto en la conquista; su voluntad era la única ley, y aquella incipiente faz de la colonia estaba representada por un campamento militar, obrando y dirigiéndose por las órdenes inapelables del jefe superior.

Para proseguir sus empresas faltaba por completo la pólvora a don Hernando; a fin de proveerse de uno de los principales ingredientes, el azufre, le ocurrió mandarle sacar del Popocatépec, volcán entonces en actividad, visitado por Diego de Ordaz en 1519. Comisionó al efecto a Francisco Montaño, hombre animoso, quien en compañía del artillero Francisco de Meza, Peftalosa, Larios y otro castellano, salió

de Coyoacán tomando el camino para Chalco, dirigiéndose en seguida para Ameca: iban provistos de dos guindaletas, costales de tela forrados en cueros de venado, mantas gruesas y otros menesteres. Reuniéronse los indios en gran multitud, atraídos por la novedad del intento, acompañando a los exploradores hasta el pie de la montaña en donde labraron algunos ranchos para esperar la vuelta. A cosa de medio día emprendieron los castellanos la subida, sorprendiéndoles la noche cuando sólo llevaban vencida una parte de la falda; acordaron para defenderse del frío ahondar en la arena, mas a los dos palmos dieron en la peña, extremadamente caliente y exhalando por algunas aberturas vapores azufrosos; estuviéronse ahí un poco, hasta que molestados por la temperatura y el hedor se pusieron de nuevo en marcha hacia la media noche.

Durante la oscuridad uno de los viajeros rodó a un abismo, y pereciera sin duda a no haber quedado detenido por unos carámbanos de hielo al borde de un precipicio; dio voces el hombre, acudieron los compañeros y le libraron arrojándole una guindaleta. Cansados todos, sin saber qué hacer, permanecieron juntos calentándose mutuamente con el aliento, pues estaban yertos de frío. A la salida del sol emprendieron de nuevo la subida; media hora después el volcán arrojó una gruesa columna de humo, grandes llamaradas y una piedra que vino rodando en dirección de quienes trepaban, aunque por fortuna era tan liviana que pudieron detenerla con una manta. Calentados con la misma

piedra, que debía ser pómez, prosiguieron el ascenso; cansado uno de ellos se quedó en el camino, llegando los otros cuatro al borde del cráter, hacia las diez de la mañana. Desde ahí contemplaron la inmensa boca, descubriendo en el fondo, a una buena profundidad, cómo ardían las materias eruptivas. Dieron la vuelta para encontrar por dónde sería más fácil la entrada; echaron suertes; tocó a Montano, quien sostenido por los compañeros fue colgado a una guindaleta, dentro de un saco de cáñamo, llevando además un costal; descolgado en esta forma penetró catorce estados dentro del cráter hasta poner los pies en lugar firme; arrancó el azufre cristalizado que le había en gran abundancia, de manera que en siete veces sucesivas que entró y volvió a salir, sacó ocho y media arrobas del ingrediente: otro de los compañeros penetró seis veces, obteniendo otras seis arrobas. Cargados con el azufre intentaron la bajada, cosa muy difícil por no haberla segura, por lo resbaladizo de las nieves, lo pendiente del suelo y la multitud de precipicios; rodeando la montaña, deslizándose por las pendientes no sin graves peligros, llegaron afortunadamente al lugar en donde se había quedado el compañero desfallecido, quien recibió inmenso júbilo, pues se tenía por abandonado y muerto. Detenidos un rato ahí, prosiguieron el descenso, alcanzando el fin de la falda a las cuatro de la tarde. Los indios les recibieron con las mayores muestras de asombro; diéronles de comer, pues desde el día anterior no habían probado bocado; pusiéronles sobre unas andas como si fueran señores, llevándoles en

hombros y mirándoles a la cara admirados de que hubiesen ejecutado tan maravillosa acción. Puestos en el embarcadero, atravesaron el lago en canoas hasta llegar a Coyoacán; salióles a recibir don Hernando, haciéndoles mucha honra y prometiéndoles la recompensa del servicio. Con aquel azufre fue fabricada buena cantidad de pólvora.

Aunque la fama de la destrucción de México había corrido por toda la tierra con la velocidad del rayo, dejando atónitos y espantados a los diversos pueblos, ninguno se movía en sentido cualquiera, esperando en indolente aunque ansiosa calma la suerte que a cada uno tocara. Don Hernando procuraba adquirir noticias de los reinos desconocidos, mandando emisarios y exploradores, ya castellanos, ya indígenas. Hacia Michoacán envió a un soldado nombrado Villadiego, perito en el nahoa, en compañía de algunos indios mexicanos; mas ni él ni ellos aparecieron, creyéndose que los mismos acompañantes matarían al castellano. Después, otro soldado por nombre Parrillas, encargado de recoger gallinas para el ejército, decidor y burlón y por eso amigo de los indios, fue llevado de pueblo en pueblo por los matlaltzincas hasta llegar a Taximaroa, frontera de Michoacán. Era la fiesta de Purecoragua a 23 de febrero, e iba montado el castellano en un caballo blanco. Los michuaca le recibieron con grande admiración tocándole cuerpo y vestidos; él se informó como mejor pudo del país en que se encontraba, preguntando si había oro y plata; respondiéronle que sí, le dieron algunas

joyas y dos naturales para que las cargasen. Parrillas volvió a Coyoacán, informó a Cortés de cuanto había visto y se tomaron informes circunstanciados de los dos michuaca: el general les hizo ver el ejército, las armas y los caballos; les regaló algunas cosillas de Castilla; por medio de una lengua les encargó dijesen a su señor cómo los castellanos eran valientes, terribles para sus enemigos cuanto blandos para los amigos, que bien pronto irían a verle, para sacarle del error en que estaban adorando los falsos dioses: tras esto les dejó ir en libertad, haciéndoles acompañar por algunos mexicanos, a quienes no aceptaron, prefiriendo fuesen con ellos unos tlaxcaltecas.

Con estas nuevas don Hernando resolvió mandar una emboada al señor de Michoacán; escogió al efecto a Francisco Montaño con otros tres castellanos, a quienes entregó cosillas de España para rescate, dándoles por séquito veinte señores nobles mexicanos y un intérprete que sabía mexicano, otomí y michoacano: los españoles llevaron encargo de informarse de todas las condiciones del país, mientras los indígenas iban amonestados para loar a los hombres blancos. La comitiva se presentó delante de Taximaroa: aquella ciudad en la frontera del imperio de México, estaba circundada por un alto y espeso muro de troncos de encina, los cuales se conservaban siempre en buen estado, reponiendo los podridos con otros nuevos: aquella madera retirada se gastaba en los sacrificios de los dioses. El gobernador o principal de Taximaroa salió al

encuentro de los embajadores, recibiéndoles con agasajo y aposentándoles amistosamente. Como era de costumbre, diarios y continuos correos avisaban cuanto pasaba, así a Cortés como al rey de Michoacán.

Los embajadores dejaron al día siguiente a Taximaroa, dirigiéndose a Tzintzuntzan, capital del reino; llegados a los seis días, media legua antes de la ciudad salieron a recibirlos ochocientos nobles vestidos de fiesta, con todos sus vasallos; abrazaron los michuaca a los castellanos, dándoles la bienvenida; el más anciano presentó unas rosas, diciendo de parte de su rey el gusto que tenía en recibir a los extranjeros, por las buenas nuevas que de ellos ya tenía. Llevábronles a la ciudad con gran comedimiento, les aposentaron en unas casas grandes bien labradas, sirviéndoles buena comida al rumor de los instrumentos músicos. Dos horas después se presentó el *calzonzi* y sin dejar que los españoles llegasen a su persona díjoles: "¿Quién sois? ¿De dónde venís? ¿Qué buscáis? ¿Para qué venís de tan lejos? ¿Por ventura en la tierra donde nacisteis, no tenéis qué comer, ni beber, sin que vengáis a conocer gentes extrañas? ¿Qué os hicieron los mexicanos que estando en su ciudad los destruisteis? ¿Pensáis hacer lo mismo conmigo? Pues yo tan valiente y poderoso soy, que no lo consentiré, aunque he tenido siempre guerra con los mexicanos y han sido grandes enemigos míos."

Aunque semejantes palabras nada tenían de tranquilizadoras, Montaño respondió por medio del

intérprete diciendo, cómo eran castellanos súbditos de un gran rey, por cuyo mandado venían a dos cosas, a comerciar y contratar, y a sacarles de los errores en que estaban adorando los falsos dioses; si a los mexicanos destruyeron fue por haberlo así merecido, pues ellos eran buenos y cariñosos con sus amigos. Muy atento escuchó el *calzonzi* y respondió: "Que se holgaba de haberlos oído, y que reposasen, que él daría la respuesta." Tras esto se retiró. El *calzonzi* que a la sazón reinaba en Michoacán era el llamado Zinzicha Tangaxoan.

Los castellanos y su comitiva quedaron guardados en los aposentos por multitud de gente armada, y aun se les señaló una raya en el suelo de la cual no debían pasar. Desde aquel día a hora de vísperas Zinzicha hizo hacer grandes fiestas en los templos, con muchos fuegos, quema de incienso, sacrificio de hombres, mujeres y niños, bailes y cantos al son de la música de cornetas y caracoles; diez y ocho días duraron aquellas preces, con las cuales pretendía el *calzonzi* indagar de los númenes cuál era su voluntad acerca de la manera con que debía tratar a los extranjeros. Zinzicha estaba inclinado a sacrificarles; mas uno de los señores ancianos del consejo le dio a entender no ser acertado el intento, pues aquellos hijos del sol eran esforzados y valientes, protegidos por su dios más poderoso él solo que todos los de los mexicanos juntos, hombres a quienes se debía procurar tener por amigos mejor que por enemigos. Calmado con esto el ánimo del *calzonzi,*mandó suspender las

fiestas e hizo traer a su presencia a cuatro de los principales mexicanos con objeto de informarse de cuanto se relacionaba con los hombres blancos: industriados los nobles como iban, respondieron exagerando el valor de los teules, la pujanza de los caballos, la ferocidad de los perros y lo destructor de las armas, de manera que pusieron miedo en cuantos les escucharon. El *calzonzi* retuvo en su palacio a los cuatro señores, obsequiándoles como a principales durante día y medio, a cabo de cuyo tiempo les volvió a los aposentos. Tres horas después se presentó Zinzicha brillantemente ataviado, seguido de señores y pajes, y una muchedumbre de guerreros armados dando grita de vencimiento. Creyeron los castellanos ser llegada su última hora y resueltos a vender caras las vidas requirieron las armas, y uno de ellos tuvo de trailla a un perro bravo que llevaban, cebado en indios. Acercóse el *calzonzi,*disculpándose por medio del intérprete de la tardanza en dar la respuesta, lo cual había provenido de estar ocupado en las fiestas de sus dioses; pero que deseaba ser amigo de los blancos y mientras se disponía a ir a ver a su jefe para darle la obediencia, quería enviarle un regalo y embajadores que le saludasen: repartió a los castellanos una gran cantidad de caza y volatería, deseándoles holgasen, pues al día siguiente les despacharía sin más dilación.

En efecto, al día siguiente volvió Zinzicha; regaló a los castellanos pródigamente, entregando para su jefe ropas, asientos de madera, calzados de maravillosas labores, joyas

de oro y plata, con gran cantidad de piezas de los mismos metales que valdrían cien mil castellanos: puso a su cuidado ocho nobles que eran sus embajadores, rogándoles no les hicieran daño alguno, dándoles además ochocientos hombres para conducir las cargas. Estando ya de partida, el *calzonzi* por medio de unos nobles mandó suplicarles le regalasen el perro, porque siendo animal que nunca había visto tendría gran placer en poseerle, ofreciendo dar cuanto oro pusiesen por precio. Era un lebrel fuerte y bravo, enseñado a cazar indios, cebado con sus carnes y en el cual depositaban gran confianza los soldados: Peñalosa, su dueño, se resistió tenazmente a darlo, aunque al fin cedió al ruego de sus compañeros, quienes le hicieron presente el riesgo que corrían de no acceder al pedido. Entregado el animal, Zinzicha le hizo sacrificar a los dioses, en la forma que si fuera hombre, con grandes fiestas y regocijos.

Parece que en estas circunstancias tuvo principio la denominación de tarascos dada a los michoacaneses. Dícese que los castellanos llevaban consigo dos indias, que al *calzonzi* pidieron de sus parientes, con las cuales se juntaban por el camino; a esta causa los indios que les acompañaban les decían *tarascue,*que en su idioma quiere decir yerno; los españoles les llamaban de la misma manera, aunque estropeando la palabra pronunciaban tarasco, de donde se les quedó tarascos a ellos y tarascas a ellas, con cuyos nombres se corrían mucho.

Montaño y su compañía caminaron recelosos de alguna

traición de los michoacaneses, lo cual no tuvo lugar, llegando por último salvos a Coyoacán con gran regocijo de todo el ejército. Para dar aparato a la ceremonia de la recepción, don Hernando se vistió una ropa larga de terciopelo y se sentó en una silla de espaldar, mientras todas las demás personas presentes estaban en pie; fueron introducidos los embajadores de dos en dos y hecho acatamiento a su usanza, el más anciano tomó la palabra, asegurando la buena voluntad que a los castellanos tenían y cómo pretendía ser su amigo: contestó el general en términos corteses, no sin expresar que el monarca michoacanés debía declararse súbdito del rey de Castilla. Don Hernando hizo escaramucear a los de a caballo y a los de a pie, disparar los arcabuces y la artillería, ejecutando cuanto pudiera dar la idea más elevada de los hombres blancos, de todo lo cual quedaron admirados los embajadores: dioles algunos regalos de las cosillas de rescate para el *calzonzi*, despidiéndoles en seguida, no sin enviar junto con ellos dos castellanos.

Llegados a la presencia de Zinzicha, los embajadores, que al mismo tiempo eran espías, contaron tanta grandeza de los hombres blancos, que el *calzonzi* determinó ir a verles, haciendo preces y sacrificios a sus dioses implorando su protección para la jornada. Los de su consejo le disuadieron del intento, determinándole a enviar primero a un hermano suyo llamado Uchichilci, quien vino a Coyoacán con más de mil personas de séquito entre gente de servicio y señores de

su compañía, trayendo un gran presente así en los objetos curiosos de sus artes, como en joyas y metales preciosos. Recibióle con grandes caricias don Hernando, le abrazó y sentó a su lado, dándole de comer y beber vino, al cual se mostró muy aficionado el príncipe michoacanés. Las pláticas por ambas partes fueron las mismas de costumbre: al día siguiente escaramucearon los soldados de a pie y de a caballo, soltándose la artillería contra una torre, causando en los indios grande asombro el estrago que las balas hacían; admiraron los bergantines, y por último fueron a la destruida México a considerar su ruina y acabamiento. Después de cuatro o cinco días de permanencia en Coyoacán, Uchichilci retomó a Michoacán cargado con los regalos que Cortés le había dado y lleno de verdadero asombro por cuanto se había presentado a sus ojos.

Una de las ideas que preocupaban a don Hernando, desde que puso la planta en la capital azteca, era el descubrimiento de la mar del sur, ya para encontrar el estrecho que por aquel rumbo se creía haber, ya con la esperanza de descubrir en el océano ricas y abundantes islas, ya finalmente para abrirse paso a las islas de la Especiería, sin que los portugueses pudiesen alegar que para ir a ellas se pasaba por su demarcación. Lo hemos visto poner el mayor empeño en semejante empresa. Algunos castellanos que fueron por la parte de Xalixco no volvieron. Francisco Álvarez Chico con tres españoles recorrió la costa de Tehuantepec a Zacatula, plantando algunas cruces en señal

de haber tomado posesión del litoral; tornaron sanos a México trayendo muestras de oro y perlas. Guillén de la Loa, Castillo, el alférez Román López y otros dos castellanos vieron la costa desde Tehuantepec y Chiapas hasta el Soconusco: de esta manera ya se tenía noticia de una buena extensión de costa en el Pacífico. Ahora que los mexicanos estaban vencidos, Cortés puso manos a la obra con mayor empeño. Envió a Juan Rodríguez de Villafuerte con cuarenta españoles, maestros, carpinteros de rivera, aserradores, herreros y hombres de la mar, con orden de establecerse en Zacatula a fin de construir dos carabelas medianas, las cuales debían ser empleadas en los descubrimientos por la mar, y dos bergantines para registrar la costa. La clavazón, velas, jarcias y demás aparejos para las naves fueron pedidos a la Villa Rica, de donde fueron transportados a su destino en hombros de los indios, pues todavía no existía otro medio de transporte. "Crea vuestra majestad, dice el conquistador, que será la mayor cosa y en que más servicio redunde a vuestra majestad, después que las Indias se han descubierto."

Mientras estos sucesos tenían lugar hacia el norte, los de Tehuantepec había venido a quejarse del señor de Tututepec porque les hacía la guerra, así como a otros pueblos, a causa de haberse declarado amigos de los castellanos; pedían se les diese socorro de españoles a fin de librarse de aquella pena. Otorgó don Hernando el pedido, nombrando para aquella expedición a Pedro de Alvarado, quien salió de Coyoacán a 31 de enero; llevó cuarenta de a caballo y doscientos peones

entre los cuales había cuarenta ballesteros y escopeteros, más dos tiros pequeños. Tomando rumbo hacia Oaxaca recogió en aquella ciudad veinte ballesteros que ahí estaban al mando de Francisco de Orozco, dirigiéndose directamente sobre Tututepec. Aunque se le dijo que algunos pueblos estaban alzados, ninguna resistencia encontró hasta llegar a su destino, saliéndole a recibir muy de paz el señor de la ciudad, aposentándole en la parte principal de la población: las casas eran de paja, por lo cual hizo observar fray Bartolomé de Olmedo, que si se las ponía fuego los soldados no se podrían valer, siendo mucho más acertado ranchear en otra parte; pareciendo justa la indicación, el ejército, compuesto de los castellanos y de buen número de indios amigos, acampó fuera de peligro. "Y como,fue aposentado, el cacique le llevó muy grandes presentes de oro y bien de comer, y cada día que allí estuvieron les llevó presentes muy ricos de oro; y como el Alvarado vido que tanto oro tenían, le mandó hacer unas estriberas de oro fino, de la manera de otras que le dio para que por ellas las hiciese, y se las trajeron hechas; y dende a pocos días echó preso al cacique porque le dijeron los de Teguantepeque al Pedro de Alvarado que le quería dar guerra toda aquella provincia, y que cuando le aposentaron entre aquellas casas en donde estaban los ídolos y aposentos, que era por les quemar y que allí muriesen todos; y a esta causa le echó preso. Otros españoles de fe y de creer dijeron que por sacalle mucho oro, y sin justicia murió en las prisiones; ahora sea lo uno o lo

otro, aquel cacique dio a Pedro de Alvarado más de treinta mil pesos, y murió de enojo y de la prisión; y aunque fray Bartolomé de Olmedo le animaba y consolaba, no bastó para que no se muriese encorajado y de pesar; y quedó a un su hijo el cacicazgo, y le sacó Alvarado mucho más oro que al padre.”

CRONOLOGÍA DE MANUEL OROZCO Y BERRA

1816	Nace en la ciudad de México el 8 de junio
1844	Pronuncia un discurso alusivo a la Independencia y publica algunos artículos político-literarios
1847	Obtiene el título de abogado en el Seminario Palafoxiano de Puebla
1850	Director del Archivo General de la Nación
1855-1857	Oficial mayor del Ministerio de Fomento durante el gobierno de Ignacio Comonfort
1863	Designado por Benito Juárez ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación
1864-1867	Director del Museo Nacional durante el gobierno de Maximiliano, lo que le valió ser juzgado como traidor y encarcelado
1867	Se publica su *Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México*
1875	Ingresa como numerario en la Academia Mexicana de la Lengua
1880-1881	Se publica, en cuatro volúmenes, *Historia antigua y déla Conquista de México,* su obra maestra
1881	Muere en la ciudad de México el 27 de enero

BIBLIOGRAFÍA MÍNIMA

Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la Conquista de México,* México, Typografia de Gonsalo A. Esteva, 1880; México, Porrúa, 1960,4 vols.; *Documentos para la historia de México,* 20 vols., México, 1856; *Diccionario universal de historia y geografía, con noticias históricas y geográficas, estadísticas y biográficas sobre las Américas en general, y especialmente sobre la República Mexicana,* 10 vols., México, Andrade, 1853-1856; *Apuntes para la historia de la geografía en México,* México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1881; *Historia de la dominación española en México,* México, Antigua Librería Robledo, 1938; *Relación del origen de los indios que habitan esta Nueva España, según sus historias,* México, Leyenda, 1944.

INFORMACIÓN SOBRE LA PUBLICACIÓN

AVISO LEGAL

Este texto fue publicado en la colección Pequeños Grandes Ensayos de la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial de la Universidad Nacional Autónoma de México en 2006 bajo el cuidado editorial de Odette Alonso y Berenice Vadillo.

Esta edición fue preparada con la colaboración de la Dirección General de Cómputo y de Tecnologías de Información y Comunicación de la UNAM. La formación fue realizada por Genaro Antonio León Betanzos y Carolina Silva Bretón.

Primera edición electrónica: 2012

Ciudad Universitaria, 04510, México, D. F.

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial



ISBN de la colección: 978-970-32-0479-1

ISBN de la obra: 978-970-32-3737-1

Hecho en México

DATOS DE LA COLECCIÓN

Universidad Nacional Autónoma de México

Coordinación de Difusión Cultural

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

Índice